



PASADO, PRESENTE Y FUTURO

PASADO

Era ayer; ayer es hace casi treinta años; una juventud soñadora tenía con tintas rosadas el horizonte de nuestra vida.

Nuestro sueño dorado era ver la bandera de Cristo, nuestro Rey, ondeando a los cuatro vientos y clavada en todos los corazones: La Cruz, la Cruz y siempre la Cruz, que ha bajado del cielo a la tierra para que, por ella, como por una escala, podamos subir de la tierra al Cielo. "Vamos a hacer una publicación que, como una campana, lle-

ve el eco de la Cruz por todas las partes; publicación barata para que puedan tenerla hasta las lavanderas". No sé por qué nos fijamos en las lavanderas, cuando la Cruz es la bandera que menos tiene que lavar.

Nuestro entusiasmo era delirante y creíamos que, en la calle, sería lo mismo. Y salimos a la calle; pero en la calle no se había enterado nadie. Estábamos en pleno calvario; pero todos los clavos los llevaba la Cruz; la alegría y el entusiasmo no nos abandonó ni un momento.

El Eco no era rico, pero siempre se pagó él todo el gasto.

Y fué creciendo, se hizo mozo, ya casi es adulto, y sigue viviendo su vida, sin otra aspiración que aquella con que nació: ver extendida la Cruz como un pabellón sobre el mundo, que le ampare y le defienda.

El mundo huye de la Cruz, es inútil; huyendo de la Cruz de Cristo, se cae en la cruz del diablo, que es una cruz sin cirineo y sin esperanza.

PRESENTE

Nuestra única aspiración en el momento actual es llegar a la tirada de..... ejemplares; dejamos en hueco el número para que no se nos llame locos, aunque no nos molestara el que se nos llamase locos, los locos de Cristo.

PORVENIR

Para el porvenir, óiganos el Cielo, ya que tenemos la debilidad de contarlo a nuestros lectores: Para el porvenir, soñamos con disponer, en torno de El Eco, de un pequeño sa-

natorio, en donde fuesen asistidos doce, o un duplo de doce, de esos seres que vienen al mundo con la Cruz ya sobre los hombros, viven abrazados a ella y mueren clavados en ella.

¿Lo veremos esto realizado? No pedimos dinero, esto no se hace con dinero; esto sólo se hace con Dios, Dios y Dios.

Que sigan nuestros lectores con el mismo entusiasmo, que no pierdan de vista nuestras humildes aspiraciones en favor de los miembros doloridos de Cristo, y veremos la gloria de Dios.

Y, si el Señor no nos quiere conceder esta recompensa en la tierra, desde ahora solicitamos ya una plaza en el Sanatorio del Cielo.

LÁZARO.

ADVERTENCIA

Feliz Año Nuevo: En obsequio de nuestros grandes propagandistas, y merced a un donativo que nos ha hecho un antiguo y entusiasta suscriptor de EL ECO, a quien Dios le pagará su generoso desprendimiento, el precio de paquetería de 30 ejemplares para arriba vuelve a ser el mismo que tenía antes del último aumento. Dios sea con todos.

PAX VOBIS

XIX

Zaragoza, 7 de Enero de 1927

Núm. 665

CON CENSURA ECLESIASTICA

Se publica los primeros y terceros viernes de cada mes

Dirección y Administración: Calle del Pilar, 5

Teléf. 1578

Sucursal de EL ECO DE LA CRUZ }

Calle Benavente y Moriones, 5.
fábrica de toquillas (antiguo
camino del Sábado).

BALANCE DEL AÑO

Año nuevo: Actividad
De balances y muestrarios;
Febril contabilidad.
Se busca en los inventarios
La verdad.

Saber cómo se ha vivido
En el año que ha pasado;
Gastos e ingresos que ha habido
Y ver lo que se ha perdido
O ganado.

Enero: Mes que coloca
Al pobre en la adversidad,
Que sólo desdichas toca
Hambres, frios y muy poca
Caridad.

Febrero: Peor que Enero.
Sigue el termómetro a cero
Y el pobre sigue lo mismo.
Está lleno el mundo entero
De egoísmo.

En la estación invernal,
Dice el amor fraternal:
Sucedá lo que suceda,
Que se arregle como pueda
Cada cual.

Primavera: Sol brillante,
Mucha luz, vegetación,
Más vida, divino instante
Para una vivificante
Floración.

Primavera: Tiempo hermoso,
Toda la tierra es jardín,
El diablo entra presuroso
Dentro de un indecoroso
Figurín.

Verano: Gran calentura,
Vanidad, playas, frescura,
Mucho lujo, mucho coche,
La locura del derroche,
¡La locura!

El pobre va algo mejor
Porque está más defendido;
Pero el rico va peor,
Pues tal vez no tiene amor
Ni sentido.

Se ve al diablo de empresario
Dirigiendo el balneario,
Y se ven almas piadosas
En las playas silenciosas
Del Sagrario.

En la estación estival,
Que es del demonio un edén,
Todo continúa igual:
Unas gentes marchan mal
Y otras bien.

Ototoño: Muy poca cosa;
Se murió la mariposa
Y el jardín está sin flor;
Como la mujer hermosa
Sin pudor.

Diciembre: Natividad,
Nace Jesús, muere el año;
Otra vez la Humanidad
Va buscando la verdad
De su daño;

Porque en esto de vivir,
Es difícil conseguir
Liquidar con beneficio
Sin saber bien el oficio
De morir.

MARCIAL.



—Macario... hijo mio... Macario.
—Qué pasa. Está usted enfermo u
qué?

—Nada, no pasa nada, pero te ne-
cesito.

—Aquí me tiene usted.

—¿No tienes ahora ninguna ocu-
pación?

—Ninguna.

—Siéntate, pues, que hemos de ha-
blar un buen rato, si no tienes in-
conveniente.

—Yo no, señor, no tengo ningún
inconveniente, con tal que me deje
usted tiempo suficiente pa devantar
las camas, barrer la casa, fregar to
los cacharros, hacer la comida, lim-
piame los zapatos, lavame las manos,
cortame las uñas, piárame los cal-
zones, echar de comer al gato y...

—Basta, basta, hijo mio. Excepto
el tiempo necesario para hacer la co-

mida, que será muy breve, pues quie-
ro que la comida sea ligera...

—¡Y tan ligera!

—Debes dejar todo lo demás para
otro día.

—*Bueno, está bien; pero ya me
dirá usted quién va a devantar las
camas, quién va a barrer la casa,
quién...

—Nada, nada, tú te arreglarás; a
mí no me preguntes de eso.

—Pues hágame usted el favor de
decirme a quién se lo voy a pregun-
tar.

—Eso es cosa tuya, como es mía
el escribir El Eco, y no te pregunto
a ti quién me lo va a escribir cuan-
do yo no puedo. Cuando uno no
tiene tiempo para hacer las cosas,
aligera un poco el trabajo y queda
tiempo para todo. No hago lo que
tú, que te vas parando con todos en

las calles, no piensas en que tienes
mucho quehacer y se te pasea el al-
ma por el cuerpo, de lo lindo.

—¿También tiene usted que hablar del
paseo u qué? Porque yo siempre he
oído que el paseo era *mu angélico*.

—Cuando no hay otro quehacer,
sí; pero si hay ocupación, el paseo
se deja para otro día. Aunque yo no
sé por qué te doy estas explicacio-
nes. Tú eres un dependiente mío,
aunque indigno, y yo soy tu amo.
Mi deber es, pues, mandarte, y el tu-
yo obedecerme, sin más.

—Oiga, oiga, ¿y se puede saber qué
es eso de que yo sea su dependiente,
aunque indigno?

—He dicho que no necesito darte
explicaciones, y ya me está haciendo
duelo la saliva que estoy gastando
contigo.

—No tenga usted cuidado, que too
se pagará.

—Vamos a lo nuestro. Y lo nues-
tro es, que estamos a fin de año y
pronto vamos a empezar otro, y hay
que hacer un balance, a ver cómo
vamos de cuentas.

—Mire, haga usted el favor de no
venirme a mí con cuentas, que nun-
ca supe sacar una. Aún m'acuerdo
de una cuenta que me ponía de chi-
co el señor maestro en la escuela,
que nunca se la supe sacar: "Una
arroba de naranjas, a cuatro pese-
tas la arroba, cuánto vale?". Estu-
ve una semana calabaciándome los
sesos; al fin, le dije que valía trece
pesetas, y media, y me dió trece pa-
los que me dobló.

—Por tonto.

—No, señor, na de eso; por ton-
to, no, porque no m'entran.

—No me refiero a esa clase de
cuentas, Macario, me refiero a la
cuenta que hemos de dar a Dios to-
dos.

—Esa cuenta a mí no me da cui-
dao.

—Pues es la más importante y la
que más nos debe preocupar.

—Pero es que esa cuenta no la he
de sacar yo, que me la sacará nues-
tro Señor. Aunque me gustaría que
nadie se me metiera en mis asun-
tos; porque, en *cuestión* de cuentas,
hay qu'ir con mucho *cuidao*, pues
con la mayor *facilidad* te clavan.
Aunque yo no tendría reparo, si su-
piera cuentas y, si nuestro Señor se
entivocaba en mi contra, al *mesmo*
nuestro Señor le diría: "Mire, nues-
tro Señor, y usted dispense, pero en
esto s'ha *equivocado* su Señoría". Y
si no, no te espables y te quedas
bizzo.

—No seas bárbaro, Dios no se
equivoca nunca. Pero, en fin de cuen-
tas, a nosotros lo que nos conviene
es pensar muy seriamente que ha de
llegar un año en que nos moriremos
y tendremos que dar cuenta a Dios
de todas nuestras obras y, para aquel
día, conviene que estemos bien pre-
parados. Sí, Macario, vendrá un
año y no sabemos cuándo será el úl-
timo de nuestra vida. ¡Quién sabe
si será aquel en que vamos a entrar,
es decir, el que ya estamos vivien-
do, y conviene que la muerte no nos
sorprenda.

—A mí la muerte no me da cui-
dao, porque no pienso *morirme* así
como así.

—Es que no sabemos cuándo nos
hemos de morir, ni de qué mori-
remos.

—Hombre, no, *masiao* se conoce

cuándo uno se va a morir; *ahonces*, cuando se ve venir, tira uno de lápiz y... dos y tres, siete... cuatro y ocho, nueve... ocho y cinco, diez y seis... y *au*, cuenta sacada... y llevo dos, u tres, u cinco.

—¿Y cuando la muerte viene de pronto, sin avisar?

—No es fácil, teniendo *cuidao*, como tendré yo, que el otro día, cuando me confesé, ya hice el propósito de nunca más pecar, de *apar-tame* de to las ocasiones de ofenderos, restituir, si algo debiere...

—Pero hay muertes que no te dan lugar a nada. Por ejemplo, vas por una calle y te cae una teja de un tejado que te parte la cabeza.

—Es que yo, de ahora en adelante, antes de pasar por una calle, miraré una *por* una *to* las tejas, a ver si están bien seguras.

—Eso no es posible. Pero supon-gamos que lo sea, bien; pero no es una teja, es que subes a un piso, el piso se hunde y tú te quedas aplastado debajo.

—Es que yo no subiré a *dengún* piso sin ver antes que está bien seguro.

—Es que muchas veces eso no se conoce. O es un terremoto que viene de pronto y, sin pensar, te encuentras en el otro mundo. Lo mejor de todo es estar bien con Dios, Macario. Es lo más seguro y, estando bien con Dios, que haga lo que quiera.

—¿Eh? *Na* d'eso, no fastidiar, *pa* eso siempre hay tiempo, que *usté* *tié*, a las veces, malas intenciones; no la vaya *usté* a llamar y venga cuando no es menester y, si viene sin *llamala*, yo no la recibiré.

—Pero no comprendes, infeliz. que lo mejor es ser bueno del todo y no temerla; porque, si viene y nos encuentra bien preparados, nosotros ganamos, porque, no lo dudes, Macario, si somos buenos, vamos al cielo, y allí la vida es mejor que ésta, pero mucho mejor.

—Sí, y que vaya allá, te caiga otra teja de esas que *usté* dice, te *güelva* a romper la cabeza; u te subas a un piso, se hunda y te aplaste...

—Nada, nada, nada de eso. Allí viviremos a lo grande, el hombre será impasible, nada le podrá dañar y no podremos morir nunca, nunca, nunca; no tendremos calor ni frío; nadie nos podrá hacer mal; tendremos libertad para ir a donde queramos, con la velocidad del pensamiento; vestiremos a lo grande, con un traje de luz, siempre nuevo, que nunca se romperá; en fin, seremos totalmente felices con una dicha que no tendrá fin. No habrá dicha que no se pueda gozar.

—Oiga *usté*, ¿y *usté* m'haria eso bueno?

—Claro está que te lo haría.

—Pues si eso es cierto, ¿por qué tenemos tanto miedo a morir?

—Porque somos unos ignorantes. Mira, Macario; cuando nos muramos, si vamos bien, lo primero que diremos será: "¿Pero qué idiotas éramos allá bajo, que tanto temíamos a esto que nos está proporcionando tanta dicha?"

—Ahura *mesmamente* quisiera que me cogiera un tífus, *pa* *entregala* y *marchame* a ver si es *verdá* todo eso.

—Sí, hijo mío, sí, no dudes un momento. Yo tengo todo eso por más cierto que lo que estoy viendo con

los ojos. No me lo dicen esto los curas, no; me lo dice otro cura que Dios ha puesto a mi lado, dentro de mí. Y ese cura me está predicando continuamente, sin que puedan destruir sus afirmaciones las estúpidas idioteces de los tontos que se empeñan en navegar contra la corriente de nuestra misma naturaleza. El que ha creado al hombre debe ser más listo y más sabio que toda esa cuadrilla de estúpidos que lo niegan todo, por no parecerse a los demás. Pues bien, ese, que es Dios, que es mi Padre y el mejor de los padres ha puesto en mi naturaleza el lenguaje de todo cuanto esa naturaleza necesita. Y con una voz como un clarín, va cantando por el mundo todo lo que ella desea y que sería su complemento. ¿Quién ha puesto en el corazón esos cantos maravillosos? Dios y sólo Dios, que así me ha hecho, con estas ambiciones maravillosas que constituyen mi grandeza. Yo no puedo creer que ese Dios tan bueno me haya criado así para engañarme. Vosotros, incrédulos, si, sois capaces de todo; sois capaces de hacer cosas absurdas, ridículas y, si posible os fuera, hasta seriais capaces de hacer criaturas tan excelsas con el exclusivo objeto de engañarlas y hacerlas sufrir y gozaros en ese engaño; porque vosotros, oído bien, vosotros no sois el Padre, sois todo lo contrario, sois el mal, sois el diablo. Por eso, ante vuestras afirmaciones, todo el mundo se ha puesto de pie y os ha considerado como extraños a su familia y a su raza, como hijos espúreos y enemigos de su más rico patrimonio. Y por eso, la Humanidad, en general, ha seguido creyendo en Dios, en su cielo y en su infierno, como desde el principio del mundo. Un incrédulo es un monstruo, como un ciego, un tullido, un cojo; pero el que haya un monstruo en el mundo no quiere decir que los demás no sean personas normales, esto es, creyentes. El hombre que se dedica a quitar la fe en Dios de las almas es un ladrón que, por lo mismo, contrae una responsabilidad irreparable. Siendo esto cierto, hijo mío, como en una u otra forma nos lo impone la conciencia social de todos tiempos, calcula tú el cuidado que debemos tener en adecentarnos bien para conseguir después de nuestra muerte una felicidad eterna.

—Oiga *usté*, *siñor*, pero yo, con estos calzones y estas alpargatas; cómo *quíé* *usté* que me presente entre aquella gente de tanta etiqueta? Ya lo estoy viendo, que me pondré a hablar y *tol* mundo soltará el trapo y me se *rirán* como aquí.

—No lo creas, hijo mío; bajo la influencia de la luz de Dios, lo sabrás todo y serás como Santo Tomás, o Santa Teresa de Jesús, porque te ilustrará la misma luz que a ellos.

—Mire *usté*, de ahora en adelante voy a cambiar de manera de ser y, *dende* la mañana hasta la noche, me *hi* de estar rezando el rosario, la estación, las cruces, los gozos de San José, los dolores de la Virgen y *to* lo que hay que rezar.

—No, hijo mío, no. Para ser bueno y aun para ser santo no es necesario hacer muchas cosas, sino hacer bien lo que hacemos todos los días. ¿Vas a misa?; óyela bien. ¿Co-

mulgas?; comulga bien. ¿Rezas el rosario?; rézalo bien. De modo que no consiste la santidad en hacer muchas cosas, sino, a veces, en hacer bien aquello que todos los días hacemos. Hay quien hace muchas cosas, pero esas cosas son como la paja, que hace mucho bulto y tienen poco valor; y hay quien hace pocas cosas, pero las hace bien y son como el oro, que en poco volumen tiene mucho valor. Además, hijo mío, has de tener presente que el mismo tiempo cuesta el hacer las cosas bien que el hacerlas mal. Pues ¿por qué nos hemos de empeñar en hacerlas mal, sin provecho para nadie?

Por hoy, ya hemos hablado bastante de esto; otro día insistiré, si no hay, de por medio, algo más importante.

EL MAGO.



ECOS DEL SAGRARIO

¿Si amaras más a Dios!

Porque puedes amarle más.

No sólo puedes, es que debes.

Y este debe ser nuestro programa para el año 1927: amar a Dios más, mucho más, inmensamente más de lo que le habemos amado hasta aquí.

Comulga hoy, mañana, todos los días, mientras pudieses.

Y hoy mejor que ayer, y mañana mejor que hoy, y cada día mejor que el anterior.

¿Cómo se consigue esto?

Llevando a la Comunión deseos cada vez más fervientes de más amar a Dios cada día.

No sabemos aún lo qué es darse Dios a un alma por entero: no sabemos más que esto, que Dios se da a Sí al alma que toda entera se ha dado a El.

¿Por qué no trabajaremos en darnos a El enteramente?

Para las noches heladas del invierno, las aves buscan su nido, y los animales sus madrigueras, y las fieras sus guaridas: allí encuentran calor y descanso.

¿Sientes frío en el alma? acógete al Corazón de Cristo; caliéntate en El y en El descansa.

M. DE SANTA CATALINA.

EL REINO DE DIOS

VERBA DEDICADA A LA CONGREGACIÓN DE HERMANAS DE LA CARIDAD DE SANTA ANA

TOMO SEGUNDO

(CONTINUACIÓN)

DOÑA ISABEL

Hermanas de Santa Ana: Vamos persiguiendo al Becerro de Oro que, a veces, lo encontramos donde menos podíamos esperar. Es tan hipócrita este dios falso que hasta toma apariencias místicas y piadosas. Hoy me lo he encontrado pegado a Doña Isabel, una señora que no deja nada que desear como persona cristiana de muchos quilates. Es de todas las asociaciones, del Consejo de Conferencias, de las Cuarenta Horas, etcétera.

Esta mañana me levanté muy temprano y, cuando iba hacia la iglesia, con el fin de hacer mis devociones particulares, me encontré con Doña Isabel que venía ya del Hospital, de hacer su diaria visita a los enfermos. Nos conocemos ya de antiguo y nos saludamos.

—¿De dónde se viene, Doña Isabel?

—De visitar a mis enfermitos, señor Nardo.

—Muy bien, usted siempre ocupada en obras de caridad.

—Pues todo es poco, señor, para las muchas necesidades y desgracias que hay por esos mundos. Pero no hay caridad, crea usted, que no hay caridad. Los que pueden no quieren, y los que queremos no podemos para tan grandes miserias como se multiplican por todas las partes.

—Si todos hicieran lo que usted...

—Si, señor, voluntad no me falta, pero una no puede hacerlo todo. Si yo tuviera dineros en abundancia; si yo tuviera dineros y capital, no habría pobre que no estuviera socorrido; a mi lado, no habría conflictos de miseria.

Quedé un poco pensativo; por fin, le dije:

—Que sea enhorabuena, Doña Isabel; que sea enhorabuena.

Ella me dijo:

—¿Se puede saber por qué me da usted la enhorabuena?

—Le doy a usted la enhorabuena, doña Isabel, porque es usted mejor que el mismo Dios.

—No diga usted esos disparates, señor Nardo, porque huelen a blasfemia.

—Lo digo convencido de lo que estoy diciendo; fijese bien: Si usted tuviera mucho dinero, a su lado no habría pobres, ni desgracias; voluntad no le faltaría. Dios tiene ese dinero y no quiere; sin duda será porque le falta voluntad. Vea usted cómo usted es mejor que Dios.

—No he querido decir eso.

—No lo habrá querido decir, pero lo ha dicho, es lo mismo. Pero contésteme a una pregunta: ¿qué podría usted hacer más caridad, teniendo dinero, o teniendo a Dios?

—Mire usted, señor Nardo, me

pone usted en unos apuros que casi no sé qué contestar.

—Fijese usted, Doña Isabel, que aquí estamos dos, usted y yo, ¿no es verdad?

—Sí, verdad.

—Pues no es verdad; porque aquí estamos tres: El, usted y yo.

—¿Y quién es El?

—El es Dios, que está oyendo todo lo que decimos los dos. Y El ha visto que usted, para hacer caridad, apenas se acordaba de El, y que casi prefería al dinero. Y yo le digo a usted: ¿Pero qué valor tiene aquí el dinero? El dinero no tiene ojos, ni oídos, ni corazón, y sin embargo, le damos un valor divino, pues se compadece y hace la caridad como un Dios. ¿Qué dirá ese Dios que nos está escuchando, al afirmar ante sus ojos que el vil metal que no tiene sentidos, ni aun vida, tiene de esos hijos del mismo Dios más compasión que El? Dígame usted, ¿qué dirá Dios de eso?

—Yo no he dicho tal cosa.

—Pero lo ha dado usted a entender. En una palabra, señora, lo primero en que usted ha pensado para hacer el bien y ejercer la caridad en el mundo ha sido en el dios becerro, antes que en el Dios verdadero, lo cual es algo que asusta. En segundo lugar, lo que usted se propone con eso es quitar del mundo al dolor; al dolor que es el gran misionero que lleva al cielo más almas que todos los otros misioneros que predicán por la tierra. Dios tiene dos grandes misioneros: el misionero del amor, que convierte a muy pocas almas; tan pocas, que si no fuera por el otro misionero, el dolor, que viene detrás, serían muy pocos los que podrían salvarse. Sí, estoy seguro de lo que digo, porque conozco a los hombres; si no fuese por el misionero del dolor, que viene pegando, detrás del misionero del amor, los hombres serían unos lobos; se habrían comido los unos a los otros; ya no habría mundo, y hace ya mucho que las puertas del cielo se habrían cerrado a cal y canto. ¿Usted quiere quitar al dolor del mundo? Usted quiere que el mundo se condene y se pierda; eso no se lo ha podido inspirar más que ese dios falso, el Becerro de Oro, porque, como no tiene corazón, no le importa nada de esta raza desdichada de Adán devorada por el cáncer del pecado y para el cual no hay nada como el cauterio del dolor. Si, por el dolor que usted tanto aborrece, porque no conoce el cristianismo a fondo, a pesar del sello de misticismo en que se envuelve, creo que se salvarán muchas almas, pero muchas, que no tienen otra esperanza para pasar al cielo que ese puente del dolor y que debemos todos al amor y a la misericordia del Señor.

¿Os extrañaréis, Hermanas de Santa Ana, de que nuestro Dios sienta tanta prevención contra el Becerro de Oro? Os encargo, especialmente, que instruyáis un poco a Doña Isabel, y si no se convence, mandadla a paseo. Doña Isabel es buena, pero en su iglesia tiene un altar dedicado al becerro de oro y... basta.

NARDO

(Continuará).

EL ECO DE LA CRUZ

Administración: Pilar, 5.—Zaragoza.

PRECIOS DE SUSCRIPCION

De 1	ejemplar de cada número, al año,	2'00
2	" " " " " "	3'00
3	" " " " " "	3'75
4	" " " " " "	4'50
5	" " " " " "	5'00
10	" " " " " "	10'00
15	" " " " " "	12'50
20	" " " " " "	15'00
25	" " " " " "	16'50
30	" " " " " "	18'00
50	" " " " " "	26'00
100	" " " " " "	45'00

Biblioteca de EL ECO DE LA CRUZ

Esta Biblioteca ha sido premiada con diploma y medalla de plata en la Exposición Hispano-Francesa de Zaragoza.

OBRAS PUBLICADAS

"La Eucaristía y la Comunión diaria", por el M. I. Sr. D. Juan Buj, 2 ptas.

"El Cristo del Hogar", drama sacro, por Julio Ascanio, 0'50 ptas.

"El Judío Errante", por Julio Ascanio. (Agotado).

"La Bruja Blanca". Obra premiada en el concurso Villahermosa-Guaquí. 5.ª edición. Las dos partes en un solo volumen, 2'50 ptas.

"Las Aventuras del Diablo", por Julio Ascanio, 2 ptas.

"Memorias de un socialista", por Julio Ascanio. (Agotado).

"La Araña o la Casa del crimen", novelita social de gran interés, por Julio Ascanio, 0'75 ptas.

"El hombre misterioso", por Julio Ascanio, 0'50 ptas.

"El Mago". Tomo 1.º (Agotado).

"El Mago". Tomos 2.º, 3.º y 4.º, con 200 páginas y cartas de Macario, 2 ptas. cada uno.

"Pensamientos Eucarísticos", por M. de Santa Catalina, 1'50 pesetas en rústica.

"El hogar en cenizas", por D. Rafael Pamplona, 150 páginas, 2 ptas.

"Desde mi Cartuja y mi Tebaida", por Nardo, 4 ptas.

"Dos Vocaciones", por Marina, 2 ptas.

"La Sombra de Jesús". Leyenda histórica, por D. Rafael Pamplona, 0'50 ptas.

Prohibida la reproducción de los trabajos y novelas de esta Biblioteca, sin permiso del autor.

HAY QUE DARSE

Nadie, por sabio que sea y experimentado que se considere, puede en absoluto sustraerse de toda dirección; la experiencia nos demuestra que esto no puede ser, por consiguiente hay que darse; como uno que está convencido de que no puede darse nada porque es pobre, y se alquila en un todo a quien quiera servirse de él, y le pague, así nosotros, sabiendo esto, y convencidos de esa necesidad debemos también darnos; pero ¿a quién?

AL QUE MAS DE

Desde luego que si nos vamos con un pobre no nos dará más que miseria, lo que tiene; y sabiendo, además, que la compañía de las criaturas, aunque a veces sea positiva, siempre es relativa, a Dios sólo es a quien debemos darnos enteramente, porque El nos lo puede dar todo; es Padre, Amigo, Hermano, Médico, todo; es tan bueno que se presta a todo; por esto nuestro primer pensamiento y propósito al despertarnos todos los días será este: ir todo el día con El en su santa presencia, y a su lado nuestra vida espiritual será cada día más fecunda.

La Pequeña de Nazaret.

Recomendamos eficazmente la meritísima Revista mensual

JUEVES EUCARISTICOS

órgano oficial de la Archicofradía del mismo nombre. Son 16 páginas de selecta doctrina eucarística. Precio ordinario de suscripción, 2 ptas. al año, en esta misma casa, Pilar, 5. Teléf. 1.578. Zaragoza.

Tip. Gambón : Canfranc, 3. Zaragoza.